

# Teoría en fuga

✉ GRACIELA MONTALDO / Columbia University

gm2168@columbia.edu

## Resumen

El artículo se interroga por los sentidos y la posibilidad de la teoría y la crítica en la cultura contemporánea. En la primera parte se plantea cómo la teoría se instala como discurso político y politizado durante algunos momentos del siglo xx; se analiza su inserción en el campo profesional y su relación con las instituciones. En un segundo momento, se interroga por la relación de la teoría con el mercado y se plantea su ingreso a un sistema de profesionalización del pensamiento crítico hacia fines del siglo xx. Posteriormente se analizan algunos casos en los que la teoría se pone en escena como acto de lectura y acto político en películas de Kluge y Mitre. Finalmente, se analiza el ingreso de la teoría en la cultura argentina, como una manera radical de crear una nueva identidad intelectual y las discusiones que generó el nuevo modelo. En el artículo se discuten ideas de Paul de Man, Edward W. Said, Jacques Rancière, Carlos Correas, David Viñas, entre otros. A partir de las ideas de Rancière sobre la igualdad y la emancipación, me interesa ver cómo las teorías no sólo viajan (en la terminología de Edward W. Said) sino que además son colonizadas por otros contextos intelectuales.

**Palabras clave:** Teoría • cultura • industria cultural • Argentina • años 60

## Abstract

This article interrogates the meaning and possibilities of theory and criticism in contemporary culture. The first part is focused on how theory settles as political and politicized discourse during precise moments of the twentieth century; I study its location in the profession and the relationship with institutions. The second part of the article analyzes the links between theory and the market and how theory became part of the professional system during the end of the century. Later, I study some cases in which theory performs as Reading act and political act in Kuge's and Mitre's films. Finally, I discuss the entry of theory in Argentine culture as a way to create new intellectual identities. In the article, I also discuss the ideas of Paul de Man, Edward W. Said, Jacques Rancière, Carlos Correas, David Viñas, between others. Regarding Rancière's ideas on equality and emancipation, I will focus on the Latin American context to study how theories are not just «traveling theories» (as Edward W. Said called them) but discourses that are colonized by new intellectual contexts.

**Key words:** Theory • culture • culture industry • Argentina • Sixties

## El disparador

Este texto tiene un disparador, que lo ha impulsado por oleadas durante algunos meses. El tiempo que tardó en encontrar su forma refleja, probablemente, lo cercano y lejano que está de aquello que lo provocó. Ese motivo lejano fue, muy concretamente, una aparición pública de la teoría y la crítica contemporáneas como certeza a la vez que como problema. Lo encontré desprevenida-mente en el título de un panel en una convención sobre literatura donde todo estaba estandarizado; el título resaltaba como si estuviera enmarcado en luces de neón dentro de un programa donde todo aparecía homogeneizado por las demandas del mercado académico y donde se sucedían convencionales títulos de conferencias sobre «temas» trabajados en autores, obras, épocas, movimientos, o campos disciplinarios bien delimitados. Ese título fue una excepción y quisiera retomar su onda expansiva. La convención era la reunión número 128 de Modern Languages Association (MLA) en Boston, en enero de 2013; el título del panel, «Theory: A Twentieth-Century Genre». Con tono de cierre y de clausura, la frase «Teoría: un género del siglo xx» ubicaba a la teoría como un problema del pasado y la relegaba a la categoría de género discursivo cuyo poder irradiador se habría desvanecido apenas comenzado el siglo XXI. Difícil estar de acuerdo con esta doble disminución, pero difícil también no reconocer el grado de verdad de la sensación de fin de fiesta, de que la teoría tuvo su edad de oro, o algunas breves edades de oro, en los años 20 primero, alrededor de los años 60 luego y en los años 90 más adelante, pero que su potencia ya no la organiza hoy como una práctica discursiva radical. Y sin embargo, sabemos que esos breves momentos de esplendor sirvieron para transformar la práctica crítica y la reflexión sobre el arte, la literatura y la cultura; también para darle a las humanidades un marco reflexivo que habilitó mejores interlocuciones con otras disciplinas y para expandir los objetos de estudio. Declarar el fin o la muerte de algo es siempre un síntoma: no tiene que haber acontecido para entender que esa declaración es la expresión de un malestar ya instalado, de una iluminación que se desvanece. En el campo de la cultura las cosas no mueren sino que pierden o ganan potencia y de la potencia de la teoría se trataba en aquella discusión.

En el panel de MLA, integrado por profesores de universidades norteamericanas,<sup>1</sup> se discutió de qué manera el estructuralismo, y especialmente el psicoanálisis, formaron la lengua de las nuevas generaciones de críticos desde la segunda mitad del siglo xx. No mencionaron el marxismo y sólo incidentalmente se refirieron a la política. Mi propuesta aquí es retomar el insidioso y, a la vez, estimulante título para intentar una reflexión sobre la teoría como un problema contemporáneo y, más allá, intentar una reflexión sobre la práctica crítica. Para hacerlo, habría que colocarse en el espacio de colisión de los diferentes discursos que durante el siglo xx reorganizaron el pensamiento crítico, es decir, en la intersección entre marxismo, política, psicoanálisis y vanguardia estética. De la alianza crítica entre todas estas experiencias radicales surgieron los discursos teóricos de nuestro tiempo. Lo que hoy llamamos teoría, como discurso autónomo, surgió de esa

encrucijada y fue ocupando diferentes lugares. Como todos esos otros discursos, resultó peligrosa desde su aparición porque se preguntaba (y pregunta) por ciertas inmaterialidades y por el constante corrimiento respecto del sentido; la teoría, sin embargo, no ocupa un espacio vacío sino que se interroga por el lugar de la práctica sobre la que intenta reflexionar. A la teoría, como constante problematización del lugar del discurso, se le opone la profesionalización de la actividad crítica, como a las vanguardias el museo. Se oponen, pero, al mismo tiempo, no vive una sin la otra. En esa paradoja me gustaría insistir porque describe el campo en que nos encontramos: la teoría, como las vanguardias, se consume a sí misma, crea un espacio crítico pero al mismo tiempo institucionaliza su discurso con la rapidez con que el consumo de la cultura se mueve en el presente. La teoría surge como una respuesta a la institucionalización de las humanidades una vez que se consolidan como práctica profesional, por ello las instituciones son un eje del problema. Y lo fueron para las vanguardias de principios de siglo, y para las neovanguardias de la segunda mitad del xx. En la película de Raúl Ruiz *La vocación suspendida* (1977), por ejemplo, drama sobre la novela de Pierre Klossowski de 1950, la voz en *off* que narra una experiencia personal, comienza citando una frase que atribuye de manera irónica pero también realista, tanto a San Agustín como a Stalin: «En una ciudad asediada toda disidencia es traición»; a esa frase, Ruiz le contrapone otra: «Para subsistir, toda institución debe ponerse en situación de ciudad asediada».<sup>2</sup> La teoría ha estado siempre del lado de las traiciones pero también ha podido ser consumida y «digerida» por las instituciones que la integraron, en muchos casos, de manera ejemplar.

Por esto mismo, creo que las «discusiones actuales de la teoría y la crítica» se sitúan en un régimen de conflictividad más complejo que el del pasado; las traiciones mismas deben ser hoy más radicales o más sutiles pues las instituciones se han vuelto fortalezas más y mejor custodiadas, ahora por los mismos que deberían asediarlas. La teoría y la crítica solían discutir en el filo de las instituciones, dentro y fuera de ellas. La teoría, especialmente, logró recubrirse de cierta aura de clandestinidad y no hizo sino reproducir un aire aristocrático con el que se identificaban los entendidos pues hablaban una lengua común, por ellos sólo compartida. Pero lo clandestino es algo mucho más problemático; es lo que se hace a escondidas de la ley, de las instituciones. Fue clandestino y extremadamente peligroso el uso de la teoría en la Argentina, por ejemplo, en los años 70, cuando la dictadura usó las cartografías de la cultura como otro instrumento en su tarea de brutal exterminio. Allí la palabra teoría, que se estaba imponiendo, se convirtió en el sonido mismo de la amenaza, la puesta en escena de un fuera de la ley.<sup>3</sup> Una vez más, como en los años 20, como en los años 60, el sentido de lo que se discutía no era lo primeramente amenazante; era su misma existencia, su puesta en práctica, su pensar. Hoy parece obvio reclamar que la crítica y la teoría, una reflexión sobre ambas, tienen que cruzarse necesariamente con otros problemas; cuando la teoría ya está instalada en la academia desde hace décadas, todo lo que ella ha generado hay que discutirlo en relación con la producción de

saber, las instituciones y su peso en el trabajo cuyo hábitat denominamos cultura. No es que su potencia haya desaparecido, pero sí hay que replantear su operatividad cuando su «clandestinidad» se ha institucionalizado. Jacques Rancière (entre otros) también ha llamado la atención recientemente sobre el poder colonizador de las instituciones sobre el pensamiento crítico afirmando que hoy tenemos una «mirada desencantada sobre un mundo en el que la interpretación crítica del sistema se ha convertido en un elemento más del sistema mismo» (42).

Desde la perspectiva de la geopolítica del saber es muy interesante volver a algunas conclusiones del panel del MLA. Allí se afirmó que la aparición y florecimiento de la teoría en Estados Unidos tuvo que ver con el crecimiento de recursos dedicados a la investigación de las humanidades dentro de las universidades; se afirmó también que el apoyo económico a proyectos de investigación fue un incentivo real para el desarrollo del pensamiento teórico pues implicaba, necesariamente, la profesionalización y normalización de los proyectos de investigación que iban a ganar esos recursos, pues eran competitivos.<sup>4</sup> América Latina entró en una fase relativamente parecida en los años 90. Los recursos económicos variaron de país en país y no siempre fueron significativos pero sí se experimentó un proceso de profesionalización de las humanidades que derivó en un progresivo desarrollo «teórico» de buena parte de las investigaciones pues era requisito para la obtención de puestos, jerarquización, dinero para investigación. No es que la teoría haya servido (necesariamente) para escalar puestos en la academia: es que, una vez más, debió desplazar su sentido. Una versión institucional, llena de «contenidos teóricos» se estratificó en las universidades; pero el interés teórico fue indagando nuevas cuestiones. Como ya mencionamos, la aparición de nuevos espacios propicios para la producción de saber —no necesariamente de muchos recursos económicos— ha tenido mucho que ver con fuertes momentos de implicación del pensamiento teórico. Pero ese pensamiento no decayó —sino al contrario— cuando las condiciones fueron adversas e incluso represivas. Por eso, la teoría no se opone a la institucionalización del saber aunque en principio la cuestione. Creo que esta paradoja constituye el estado actual de la crítica y la teoría: todos somos alternativos, pero ahora lo somos en las instituciones. Sin embargo, la complejización del uso de la teoría sigue pues ella siempre va por más, como sucede cuando algo ya ha entrado en el flujo del capital. Si la teoría ha sido el nombre de una resistencia, no podrá ser un género, a menos que quienes la practican le hayan quitado su capacidad de traición.

### **La teoría en el mercado**

Pero hay más aspectos implicados. En varios sentidos, la crítica y la teoría han sido ya integradas a un circuito de discusión bastante amplio, que excede en mucho los ámbitos académicos o de los especialistas o de un reducido grupo de amateurs comprometidos. Hoy no parece necesario explicar qué significa «teoría» ni a qué se refiere el término; es más, quien no lo tenga suficientemente claro sabe que tampoco será posible obtener una definición precisa que le permita

mejorar su intuición, pues la inseguridad semántica es parte del contrato que la teoría supone actualmente. Aceptada la premisa de que no estamos en tiempos de definiciones, el movimiento en torno a un circuito irradiador que funciona sin centro está dentro de nuestras máximas expectativas. Sin embargo, su carácter aglutinante y disperso no debería desdibujar completamente sus bordes. Desde hace décadas, bajo el nombre de teoría conocemos una vasta cantidad de nombres de autor y de textos fundamentales del pensamiento moderno, que abarcan campos como la filosofía y la teoría de los medios, la teoría política y la crítica literaria, el psicoanálisis y la lingüística, entre muchos otros. Pero el término no se limita a autores y disciplinas tradicionales; también la reflexión sobre la modernidad, el estructuralismo, la vanguardia, el posmodernismo, la deconstrucción, o sea, diversos sistemas de pensamiento, son «teoría». A veces la teoría se manifiesta sola, es decir, se mantiene en un plano de reflexión abstracta pero, en otros casos, no puede desligarse de ciertos objetos a los que se encuentra indisociablemente ligada. Sucede también que, en algunos de los campos mencionados, hay una «teoría», en el sentido de un sistema conceptual de conocimientos, pero otras veces hay una serie de aproximaciones, incitaciones a pensar fenómenos diversos sobre los que no se intenta armar un sistema sino desplegar propuestas.<sup>5</sup> A todo eso llamamos «teoría» desde la segunda mitad del siglo xx, a las formas de pensar la cultura, la estética, los medios, la vida en comunidad, las subjetividades, desde las humanidades y las ciencias sociales, a la construcción de nuevos objetos a partir de cruces transversales de las disciplinas. La teoría proporciona marcos conceptuales que dejaron de ser metodologías en sentido estricto para manifestarse como organizadores, formatos de encuadre de nuevos objetos.

A fines de siglo xx la lectura de la teoría se extendió entre sectores que no fueron su inicial público de pares, y comenzó a formar parte de los discursos de especialistas de disciplinas y prácticas estéticas y culturales pero también de artistas y comunicadores. Por eso, fue cobrando el carácter de algo que existe «por defecto» en muchos ámbitos y sus categorías entraron a formar parte del discurso no sólo de los especialistas sino también de un público un poco mayor, de la mano de varios autores convertidos en fetiche.<sup>6</sup> Esta moderada difusión hizo que la teoría dejara de ser un problema, un escollo jergoso, pues se convirtió en una lengua hablada por más gente. Sin embargo, cuando se ha intentado definirla, la teoría se presenta como un problema, un escollo que detiene el pensamiento convencional para mostrarle direcciones nuevas y hacerlo dudar de sí mismo y del objeto de su pensar, es un diferimiento del sentido en función de un «complejizar» el objeto y constituirlo en problema.<sup>7</sup> Como interrupción del sentido común, la teoría (que, como todo saber, también puede convertirse en una *doxa* a escala) se resiste a la canonización y, más concretamente, a la divulgación. De ahí que resulte una paradoja que hoy la teoría sea una práctica más generalizada.

A fines de los años 70 la editorial Pantheon Books inició la colección de libros sobre autores (primero) y sobre teorías y sistemas (después) llamada «for beginners» para el mercado en inglés, que luego se tradujo a varias lenguas, entre ellas

el español; allí salieron volúmenes dedicados a pensadores individuales: Friedrich Nietzsche, Karl Marx, Albert Einstein, Walter Benjamin, Sigmund Freud, Jean-Paul Sartre, Michel Foucault, Jacques Lacan, Jacques Derrida; o a movimientos: Estructuralismo y Post-estructuralismo, Deconstrucción, Posmodernismo, entre otros. En formato de libro-folleto, a precios accesibles, con ilustraciones (muchas caricaturas que demostraban el carácter «desacralizador» hacia los saberes más herméticos) y una diagramación novedosa para el ámbito de la institución teórica, estos volúmenes estaban dirigidos a un público joven que se iniciaba en lo que se veía como un pensamiento alternativo, que supo mezclar la contra-cultura con el pensamiento crítico-académico. Eran autores de la historia o la filosofía moderna, con gran circulación académica, que ahora se hacían accesibles sin que esa disponibilidad los hiciera menos alternativos (al contrario: el nuevo formato potenciaba su potencial insumisión). Fue la forma en que el pensamiento de varios autores de cierta radicalidad ingresó a un circuito de público ampliado y lo hizo a través del mercado, manteniendo su cuestionamiento de las instituciones formales. Las colecciones se declararon «para principiantes» pero bien pudieron llamarse «para multitudes». Los libros fueron escritos por especialistas, que supieron combinar muy bien la información con una versión estandarizada del pensamiento «moderno» en una exposición de las ideas centrales y un acopio mínimo pero —en la mayoría de los casos— bien elegido de citas, capaces de componer el arsenal que demostraba el pasaje por las obras (vastas en muchos casos). Desde entonces, también lo complejo, el umbral de dificultad que la teoría proponía, tuvo su «reader's digest» en un formato que lo sustraía a la mera simplificación pero que no le impedía cumplir su función de divulgación para integrarse y ser leído en el contexto de una cultura juvenil semi-alternativa o decididamente contra-cultural.

Claramente la aparición de los «Cultural Studies» en la academia inglesa primero y en la norteamericana más adelante, funcionaron como otro canal (que, ciertamente, promovió el anterior) que favoreció la divulgación de un pensamiento que en las universidades se volvía cada día más aceptado y que, al mismo tiempo que abrió una discusión teórica entre algunos intelectuales, expandió los límites de lo investigable entre la masa de profesores y estudiantes. Los estudios culturales pronto se convirtieron, con fervientes defensores y resistentes antagonistas, en una «disciplina» que dividió el campo académico y que, nuevamente de la mano del mercado, creó colecciones en editoriales importantes como Routledge y Duke University Press, y muchas librerías especializadas abrieron secciones destacadas para albergar esos libros que no caían en ninguna de las especialidades previas. Para hacer «estudios culturales» había que estar iniciado en «la teoría», no en una, sino en varias, pues a través de ellos se intentaba cruzar transversalmente los campos disciplinarios para construir nuevos objetos. Fenómeno intelectual, académico y de mercado, la difusión de la teoría inició nuevos caminos para los críticos de muchas disciplinas tanto de las humanidades como de las ciencias sociales. Por eso hoy, la teoría es una especie de lengua franca, absolutamente confusa y variada, que se habla en sectores culturales ampliados y que conecta varias disciplinas.

En un recordado ensayo de 1982, «Traveling Theory»,<sup>8</sup> Edward W. Said desarrolla un planteo bastante sofisticado para entender el funcionamiento de la teoría, cuyas conclusiones se distancian de estos fenómenos. Allí sostiene que hay que reconocer hasta qué punto la teoría —toda teoría— es una respuesta a una situación social e histórica específica; Said subraya que aún como sistema abstracto de pensamiento, como marco conceptual para estudiar objetos, la teoría está ligada a situaciones políticas que afectan su constitución. Planteo radical, en este ensayo y su continuación «Traveling Theory Reconsidered», la teoría para Said es una forma de intercambio con demandas concretas y lo que llama «teoría viajera» se refiere a las readaptaciones necesarias que una teoría tiene en los diferentes contextos en los que se articula. Se trate de la conciencia de clase o la teoría del poder, no es posible desligar el pensamiento teórico de las condiciones políticas en que surge, por eso para Said la teoría tiene algo de intransferible y está muy lejos de ser un lugar de reflexión aséptica. Cuando la teoría se arraiga en una coyuntura distinta de aquella en la que se ha generado, entonces habrá que esperar nuevos intercambios con su contexto, intercambios que la resitúen y la reorienten. Said no piensa en una «historización» de la teoría sino en las transformaciones que se hacen presentes en el interior del pensamiento teórico cuando hay un cambio de coyuntura. Ciertas categorías aparecen dentro del pensamiento teórico cuando una situación concreta las reclama. Por eso, para Said, la teoría siempre es política, porque es necesaria para pensar el presente. Este «arraigo» poco tiene que ver con muchos usos de la teoría de las últimas décadas, que se expanden de manera poco consciente de los intercambios que la teoría misma supone con sus nuevos contextos. En esos viajes, la teoría redefine —o pierde— su potencia pero nunca resulta inmune a los intercambios con nuevos discursos y experiencias.

Mencioné antes «el pensamiento alternativo». Hoy se nos vuelve relativamente claro lo que esa expresión designaba en el pasado, pero es difícil no pensar que se ha transformado en una frase en la que sólo quedan fósiles del sentido que tuvo en el siglo xx. Hoy, cuando lo alternativo se ha vuelto moneda de intercambio entre comunidades cada vez más amplias quizás haya que volver a establecer el contrato de su sentido. Probablemente hay que cambiar el foco de análisis, distanciarse, una vez más, de los contenidos y establecer lo alternativo como el pensar mismo, una resistencia que ya no se establece con las instituciones sino con el mercado, con la ampliamente demostrada capacidad devoradora de la industria cultural que ocupa ya la superficie casi completa de la producción cultural bajo la forma de editoriales, instituciones académicas y culturales como museos, revistas, etc. Pero no sólo ella; una vez más, los cambios tecnológicos son los que, a la cabeza de la carrera renovadora, establecen y dirigen nuestra percepción. Especialmente nuestra percepción intelectual. Las conexiones de los buscadores de internet, punto de partida hoy de investigaciones de todo tipo, normalizaron y regularon la alternativa y el desvío como procedimiento. Las conexiones son ahora, por definición, transversales e interdisciplinarias, ya no siguen la lógica unilateral de la biblioteca (aún con sus azares, la lógica del libro se despliega fun-

damentalmente en una dirección). Y en ese mundo, la «teoría» puede salirnos al encuentro en cualquier momento. Claro que no bajo la forma de «teoría» sino como cita, referencia, imagen, sonido, es decir, bajo la forma de más información, normalmente, no como problema sino como solución a una búsqueda.

### **La representación I**

En algún momento del primer tercio de la extensa «Noticias de la antigüedad ideológica. Marx–Eisenstein–El Capital» (2008) de Alexander Kluge aparece una de las varias escenas antologables de esta obra descomunal: frente a la cámara, dos actores —un hombre y una mujer— vestidos con uniformes de guardias de la vieja República Democrática Alemana, delante de una mesita cubierta por un mantel floreado, sin decorado de fondo, estudian, se preparan para un examen. El cartel que antecede la escena dice: «Sven Müller y Renate Pflüger se preparan en 1988 para el examen de suboficial. Tarea: Marx. Primeros escritos». Tienen que rendir una prueba sobre marxismo, como guardias del (fin del) régimen, y están estudiando. Leen en voz alta, simultáneamente, cada uno en su libro, textos de Marx. La película de Kluge, de unas 9 horas de duración es, declaradamente, la puesta en escena del proyecto nunca concretado de filmar *El Capital* que ocupó a Sergei Eisenstein durante sus últimos años. Es decir, se trata del proyecto de capturar, en imágenes, uno de los textos más influyentes pero también más crípticos del siglo XIX, un texto que el siglo XX colocó en la órbita de lo «teórico» pero que, desde su aparición, fue la forma de pensar y hablar de la revolución y, por eso, tocó directamente la práctica política. La película se vuelve así el experimento de confrontar una práctica —la teórica— con otra —un cine de carácter político y experimental— y, en términos muy banales, traducir la teoría a imágenes, prescindir de la narración, que el cine (y casi todas las artes al margen de las vanguardias) adoptó como procedimiento, para ponerle imágenes al pensamiento abstracto (o quizás con la pretensión de narrar la abstracción). Larguísimas charlas sobre Marx y el marxismo, entrevistas, citas de la enciclopedia marxista y de una lectura más personal (en muchísimas tipografías diferentes), imágenes de archivo, el universo del marxismo cultural (música, cine, literatura, arte) a través de sus figuras y obras emblemáticas y algunas escenas no documentales pero tampoco ficcionales (en un registro ambiguo, como suerte de instalaciones incrustadas en la masa discursiva) son algunos de los muchísimos materiales que Kluge mezcla en su obra, que podemos convenir en seguir llamando proyecto: el cine del presente que junta argumentos, materiales, escombros, diferencias, todo el archivo con que se constituye una obra que nunca se puede llegar a realizar porque ella misma es una postulación.

En ese contexto aparece la escena de los dos guardias: ya dijimos que están estudiando para rendir un examen justo antes de la caída del régimen que se preparan a sostener. Leen fragmentos de los primeros escritos de Marx de sendos ejemplares. Me interesa mucho la forma en que Kluge plantea la escena de la lectura teórica pues tiene que ver con una forma elemental —pero también material— de leer y

de pensar la lectura con dos propósitos precisos: hacerse voz y entender, acceder al sentido de las palabras. Esa escena se compone a la manera de un aprendizaje escolar, la lectura del que no tiene la práctica de leer, casi, la de quien nunca ha leído un libro entero: en voz alta, con el libro a 25 centímetros de la vista, con el movimiento de cabeza que sigue los ritmos de la lectura (afirmando cuando se capta algo o deteniéndose cuando se enfrenta una dificultad), siguiendo con el dedo, en la página, los renglones más difíciles. La lectura es allí una relación material con y del dispositivo; más que leer, ambos guardias «miran» el libro, en donde se supone que reside el sentido que deben descubrir. Lo miran porque no llegan a entender lo que dice el enrevesado y críptico discurso —filosófico y de teoría económica— que tienen ante sus ojos. Leen una larga frase, o parte de una larguísima frase, se detienen, se miran, discuten sobre el posible sentido, se confunden, vuelven al libro, lo «traducen» a términos del socialismo real. En la escena los personajes repiten estos pasos varias veces. Es claro que no entienden lo que Marx escribió en el discurso de la filosofía política de otra época. La traducción de la teoría a términos «concretos», los de su patria socialista, tampoco funciona. La no-comprensión se vuelve un problema no en sí sino porque toda la experiencia de lectura tiene un fin muy claro: aprobar el examen. Ante la frustración del sentido, en algún momento, los jóvenes consideran la posibilidad de llevarse un «machete» al examen; sin mucha convicción (como si no les fuera posible siquiera hacer el machete) la descartan. Rescato esta escena porque me parece una imagen muy clara de cómo funciona la teoría: los guardias, al leer las frases más oscuras del discurso de Marx y no entenderlas, se acercan al libro, físicamente se adelantan hacia él, como si la cercanía con la materialidad del objeto o la proximidad de las letras les permitiera atravesar la distancia que los aleja del sentido. Kluge pone en juego todas las «destrezas» necesarias para leer: el libro, la lectura en voz alta, el comentario, la glosa, la interpretación, la discusión, la traducción, para resolver la escena con la vuelta a la lectura mecánica, casi al recitado, para conectarse con el texto. El sentido no se aclara, probablemente los guardias aprueben su examen (que no les servirá de mucho pues el régimen caerá unos meses después), y la escena teórica ha quedado definida: inseguridad radical ante la comprensión, pero seguridad ante la lectura por el dominio de la materialidad del acto de leer. La teoría nos enfrenta entonces a la lectura-discusión-traducción-relectura, una cadena de actos que no nos deja salir de su discurso, que nos retiene en un estadio elemental. Y que rechaza su encadenamiento a un fin preciso.

Pero es evidente que no se trata sólo de una escena de lectura. Los primeros textos de Marx leídos por guardias de la RDA (incluso en 1988) remiten centralmente a los vínculos entre teoría y práctica. No entender lo que el texto dice es, en verdad, no poder pensarlo en lo real. Y por eso, en medio de charlas y discusiones larguísimas sobre Marx, en las cuales parece que los interlocutores entienden y explican la obra de Marx, la escena de lectura en el contexto del fin del socialismo real, actualiza como nunca la oscuridad de un discurso cuyo sentido no está en la traducibilidad a términos concretos o a un discurso de lo cotidiano sino

en la dramatización del acto de lectura y en el diferimiento de la comprensión, a la discusión de los sentidos antes que a su dominio. La teoría pertenece a un orden diferente del sentido y de la práctica. La politicidad de Marx no está en lo que dice sobre el «hombre natural» y su relación con la naturaleza, la sociedad y la economía, y su teoría no es posible de ser traducida literalmente a la práctica, pues son órdenes diferentes. Mimetismo o diferimiento, literalidad o glosa: la teoría es aquel discurso que nos confronta con todas las acciones racionales acerca del acto de leer y escribir y que nos vuelve vulnerables. Como los guardias, los lectores de teoría también estamos sometidos a la autoridad de interpretación de la institución y la lectura nos coloca siempre en situación de examen.

### **La representación II**

La relación entre teoría y práctica política también forma parte de otra película, casi reverso de la de Kluge, *El estudiante* (2011), de Santiago Mitre. La película se estrenó y tuvo un relativo éxito ese año en Buenos Aires. Simultáneamente se exhibió en Nueva York y entró ya en un modesto circuito internacional de festivales. Co-ganadora en el Festival de cine de Gijón, el diario *El País* hizo una descripción extremadamente simple pero significativa al anunciar el premio:

En cuanto a *El estudiante*, Santiago Mitre, guionista habitual de Pablo Trapero, ha llegado a Gijón con una propuesta sorprendente y a la vez clásica. A su protagonista nunca lo vemos estudiar, pero sí escalar los escalones del poder dentro de la Universidad de Buenos Aires, porque Mitre ha decidido realizar una reflexión sobre la corrupción, la traición, el poder y las ideologías, temas habituales en el cine político, en un lugar poco frecuentado por esas historias: las facultades de un campo. Inteligente, intrigante, repleta de reuniones secretas, peones sacrificados y coaliciones antinatura para llegar a lo más alto, Mitre usa la Universidad como si fuera la presidencia de un país o de una empresa. Y funciona.

*El País* dice además (creo que sin ironía):

En el último segundo, empate. Así ha acabado, para el jurado, la 49 edición del festival de cine de Gijón, que ha visto cómo el premio a la mejor película será ex aequo para la argentina *El estudiante*, de Santiago Mitre, y la francesa *Declaración de guerra*, de Valérie Donzelli. Un thriller político y un drama sobre el cáncer.

*El estudiante* pone en escena una variedad clasificada de discursos políticos; no son discursos «teóricos» sino la bajada a nivel de la militancia de las consignas políticas de los estudiantes universitarios que responden a punteros y operadores de los partidos. La película es el entrenamiento en la política de alguien que, efectivamente, no estudia (y vive alejado de los libros, materialmente hablando) pero que construye una carrera política en los pasillos universitarios, discutiendo de política a veces pero, fundamentalmente, actuando en las sombras. Y aunque el estudiante no estudia, aprende, pues en ese género se inscribe la película: la

novela de aprendizaje, de formación. El estudiante aprende a «operar» políticamente. Lo interesante es que para quien conoce un poco la UBA (Universidad de Buenos Aires) la película es una clara crítica a la fracción político-estudiantil que maneja la institución desde la reinstalación democrática en 1984, pero si resulta tan atractiva para quienes no conocen la UBA es porque la película no teme demorarse en una obviedad oculta: lo que funda y mantiene viva cualquier institución es la política. Se trate de la UBA o de un jardín de infantes. Y, efectivamente, como señala Raúl Ruiz en su película, «[p]ara subsistir, toda institución debe ponerse en situación de ciudad asediada». Toda acción dentro de la trama de *El estudiante*, por marginal que parezca, se experimenta dentro de la universidad como una cuestión de vida o muerte. Ascienden unos, caen otros, se destruyen o reconstruyen las alianzas; las personas cambian (celebran sus éxitos, viven sus fracasos como finales) pero la institución —y sus dinámicas— siempre permanece, siempre hay universidad, siempre hay centro de estudiantes, siempre hay agrupaciones políticas. No hay reflexión teórica, no hay declaración ideológica que no se estrelle, tarde o temprano, contra los muros que sostienen la institución. Esa es la práctica y en ella se entrenan los estudiantes que entran a la política. Cero libros, mucho *lobby*: la discusión teórica es para aquellos que nunca van a llegar al poder, los partidos trosquistas, los buenos estudiantes. Los militantes están alejados de los libros.

Curiosamente, antes del estreno de *El estudiante* en Estados Unidos en octubre de 2011, hubo un episodio que lo preanunció. El 16 de mayo, en *Inside Higher Education* (una publicación que registra, comenta y actualiza la vida profesional universitaria de Estados Unidos) salió un artículo titulado «The enigma of the UBA» que se preguntaba cómo pueden salir buenos profesionales —un hecho según el artículo— de una institución como la Universidad de Buenos Aires, donde los profesores no investigan, los estudiantes no estudian, donde no hay infraestructura universitaria ni laboratorios ni bibliotecas, etc. (otra «verdad» sin matices que el artículo presenta a sus lectores). El enigma, en esta versión, tiene una explicación. La respuesta darwinista de su autora, Liz Reisberg, propone que de esa suerte de antro salen excelentes profesionales porque es una universidad pública —gratuita— donde hay muchos estudiantes y lo que se produce es una «lucha por la vida» en la que sobreviven los más aptos, los muy buenos, que luego se destacan y sobresalen. Las respuestas al blog de la revista no se hicieron esperar: «¡no se trata de darwinismo!», dicen muchos egresados de la institución, la UBA proporcionó y proporciona una «experiencia» de constante debate intelectual, de permanente estímulo a la confrontación y el pensamiento crítico. Entre los defensores de la UBA se reafirma la idea de que no todo pasa por los libros sino que el saber y el aprendizaje se articula en las dinámicas. La nota pone de manifiesto las diferencias entre dos tipos de sistemas de socialización. Lo que sorprende desde la perspectiva norteamericana es que una universidad no sea un centro de disciplinamiento individual y colectivo sino un espacio de experimentación e interacción social (sabemos: también de desgaste).

En 2008 Pablo Díaz filmó en Argentina *Un intelectual irreverente*, un documental sobre David Viñas. Se trata de una larga entrevista donde Viñas cuenta (pero cuando cuenta parece que discute) su vida: los núcleos de su vida que ha contado (discutido) muchas veces: su infancia en el campo, su madre judía y anarquista, su padre radical, el colegio militar, el día que fue a tomarle el voto a Eva Perón enferma, el exilio y un terrible y conmovedor silencio al final, cuando parece que finalmente va a hablar de sus hijos desaparecidos, pero no. Cuenta y discute su vida: cuenta, como los escritores sobre los que tan inteligentemente escribió, la historia de la Argentina cuando cuenta/discute su propia vida. Viñas parece incómodo como personaje; nunca mira a la cámara, mientras habla y fuma, mira siempre a un entrevistador que no vemos, su interlocutor, aquello que siempre necesitó para poner en marcha su discurso, y no sólo le dirige su mirada sino su discurso: lo hace, si no visible, sí presente. Incómodo como personaje, pero comportándose, a la vez, como en cualquier charla: no sólo contando esos núcleos de su vida, sino trayendo a escena su gestualidad, sus entonaciones, aquellas palabras de su diccionario personal, el gesto adusto de aquel que siempre encara la realidad como problema. Es absolutamente reconocible frente a la cámara y conserva, pese a los procedimientos técnicos, su aura casi intacta. La incomodidad que muestra no es sólo con la cámara: parece algo más grave, con la vida y con la historia. Se lo ve bastante calmo pero también asaltado en muchos momentos por la pasión cuando toda vehemencia es poca a la hora de pensar la realidad política argentina. Queda claro allí que la tensión de su discurso se establece entre una clara y potente remisión al pasado, para trazar las tradiciones ideológicas de cada situación, de cada personaje, de cada discurso, y no un utópico horizonte revolucionario sino una afirmación del presente como espacio en el que hay que seguir dando combate, en el que hay que intervenir. El documental muestra a un intelectual que no sólo «intervenia» sino que «juzgaba», que no sólo debatía con el canon sino con la calle, con los políticos tradicionales y con los más deleznable, porque de todos ellos se compone la política y, obviamente, la cultura. Lo que él llamaba el «revés de trama», el documento de barbarie, opera en su discurso como un disparador para ver el presente como la encrucijada, el momento en que cada palabra es relevante, en que cada actuación es decisiva, el presente como el momento eterno de jugarse la vida. Viñas enseñó muy tempranamente cómo lidiar con esas «tramas» a través de la historia en todos sus libros. Él también analizó cómo la aparición de un «criado» en una novela pone en escena la institucionalidad social, cómo un texto sobre la bolsa mueve todos los resortes del antisemitismo, cómo una huelga obrera reinstala los mecanismos de dominación.

Viñas, en la Argentina de mediados de los 50, posperonista, leía «teoría»; leía a Hegel, leía a Marx, leía a Sartre, leía a Lucien Goldman, leía a Arnold Hauser, leía a Louis Althusser, entre muchos otros.<sup>9</sup> Viñas introdujo, junto con sus compañeros de la revista *Contorno*, una nueva manera de articular diferentes superficies culturales en la que el uso de la teoría no sólo era un medio de autorización cultural sino una forma de poner en diálogo el archivo nacional con las discu-

siones de la izquierda internacional. Muchos años después, cuando las lecturas de *Contorno* se hubieron canonizado, Carlos Correas, en *La Operación Masotta* (1991), hace una crítica radical a los intelectuales de su generación (la de Viñas, la de Oscar Masotta) afirmando que

*¿Qué es la literatura?* de Sartre, en su primera edición castellana de 1950, fue nuestro canon. A medias entrevistado (o, si el lector medio lo prefiere: «investigado»), lo recorriamos para extraer palabras y frases para las polémicas y para nuestros primeros escritos críticos. Aceptábamos o, mejor, ignorábamos las calidades de la traductora Aurora Bernárdez. Años más tarde, co-tejando con el original francés, noté los errores y las incurias de Aurora Bernárdez. Nuestro texto sagrado nos había resultado una parca estafa que nos infligía la negligencia de la editorial Losada. Aquí esta forma de horror argentino nos apresó —e infectó— sin que fuéramos concientes de ello.

Lecturas tronchadas, malentendidas, embaucadoras, ideas apenas sospechadas, alusiones y referencias incomprensibles por falta de contexto, intuiciones aproximativas y sin interés, iluminaciones anticuadas o caducas... no sólo provocaban las consabidas insolencia o impostura; nos daban también, para satisfacer nuestras pulsiones belicosas, consignas puramente episódicas. (24–25)

Correas desdeña el poder entrópico, la ganancia en la pérdida, no sólo de las «teorías viajeras» sino incluso de las malas traducciones. Poniendo entre paréntesis los juicios de valor que él hace, la declaración muestra el modo de formación intelectual de una generación para la cual aprender el lenguaje teórico fue decisivo y parte de la identidad intelectual. Un aprendizaje que pudo darse —según Correas— aún en contra de la lógica que lo construía, hecho sin instrumentos adecuados, en desventaja y con un claro desdén por el cuidado intelectual. Hoy diríamos que esa generación, que se formó venerando las formas espúreas de transmisión cultural de la periferia, quizás no aprendió la exactitud del pensamiento de Sartre (si tal cosa hubiese existido) pero sí supo poner en escena los nuevos valores del mundo intelectual que se abría en los años 60. Las teorías, entonces, no son sólo sistemas, categorías, conceptos; son también posiciones, como señala Rancière al describir el saber, que «no es un conjunto de conocimientos, sino una posición» (16). Ocupar un lugar, tratar de colonizar el campo intelectual de sus contemporáneos, fue lo que hizo de las lecturas de *Contorno*, Viñas, Masotta, una intervención exitosa. La ligereza del aprendizaje, que Correas denuncia con saña, forma parte de la difusión de la teoría: textos que llevan a la discusión, que componen un tipo de intelectual combativo, no necesariamente académico, pero que crea la posición de poder/saber a través de la cual se postulan nuevas formas del saber. Durante esos años se creó la figura de un intelectual que dispara citas en la mesa de café, que discute la realidad desde los libros, que se apertrecha de un vocabulario y de un sistema de argumentación en los autores «teóricos» que las instituciones rechazan. Masotta, por su parte, a quien Correas pone como paradigma de intelectual con saberes aproximativos, mal comprendidos, poco serios, fue quien

difundió la «teoría» (de los medios, del *pop-art*, de Lacan) en la Argentina, en famosos grupos de estudio que él dirigía, como introductor de la realidad teórica en la Argentina (en su exilio en Barcelona, siguió enseñando «teoría» a los españoles). Viñas y Masotta —con pocos pero decisivos años de diferencia— fueron los intelectuales «más teóricos» de la Argentina de los 50 y 60 y quienes desarrollaron nuevas lecturas de la realidad nacional. Ezequiel Martínez Estrada (ese intelectual que fue uno de los referentes del grupo *Contorno* al que pertenecían Viñas y Correas), en un discutido ensayo de 1933, *Radiografía de la Pampa*, había denunciado la «formación en falso» de la Argentina en todos sus aspectos. También en el intelectual. La cultura —especialmente la filosófica o lo que después se aproximaría a la teórica— estaba para todos ellos separada del consumo (por eso no se preguntaban por el medio a través del cual les llegaba: las malas traducciones, los descuidos editoriales) y se sostenía en una inmediata acción —casi terrorista en los años 60— contra el orden de los signos y de la ciudad letrada. Con las universidades intervenidas después de cada golpe militar, la principal institución que les hubiese dado cabida a estos intelectuales, los expulsaba a la calle, adonde trasladaron sus saberes y los diseminaron entre compañeros y discípulos jóvenes que encontraron el método en la informalidad de los grupos de estudio, las librerías o las mesas de cafés. Esa cultura, con variantes, se mantuvo hasta los años 70, cuando la dictadura clausuró y censuró toda actividad pública y todo debate intelectual.

## Final

La teoría es hoy nuestra lengua franca, con dialectos no obstante. A pesar de su diseminación contemporánea, la teoría, en cada lugar, se apoya en sus tradiciones intelectuales y de lectura, en los combates que debe librar cada vez para imponerse como discurso de la inseguridad. Creo que no se trata de un género, tampoco que pertenece al siglo xx; sigue, en el siglo xxi, siendo una práctica. Muy mediadas por el mercado académico, la teoría y la crítica hoy se han reconfigurado como un espacio profesional que sigue buscando interpelar a una comunidad más amplia que la de pares y con un discurso capaz de repolitizar la reflexión sobre la cultura. Si es verdad que lo que se juega en toda interacción con las instituciones es la lealtad o la traición, la teoría y el pensamiento crítico se juegan hoy en el espacio donde la traición debe seguir siendo posible. Pero no una traición en sentido ético, sino la traición como un permanente alejamiento del sentido común que rápidamente se constituye, de esa doxa que no para de asediar la deriva del pensamiento, de colonizarlo.

## Notas

- <sup>1</sup> Participaron en el panel Nicholas Birns (New York University), Bhavya Tiwari (University of Texas, Austin), J. Hillis Miller (University of California, Irvine). Actuó como «respondent» Jeffrey J. Williams (Carnegie Mellon University) y el presidente de la sesión fue Thomas Oliver Beebee (Penn State University).

<sup>2</sup> La película, en cuyo guión Ruiz trabajó junto con Pierre Klossowski, es una composición abstracta sobre el poder, la subjetividad y las instituciones en diálogo con los debates contemporáneos iniciados por Michel Foucault.

<sup>3</sup> Encarnaba, para los genocidas, una de las tantas versiones del mal: ya sabemos que la «teoría de conjuntos» fue eliminada del currículum escolar de matemáticas por «subversiva», en la provincia de Córdoba; a través de ella se infiltraba el pensamiento marxista en los niños según el fantasma que la dictadura creó. Lo primitivo de la formulación no debe hacernos olvidar el peligro real de cualquier disidencia dentro del régimen y el terror enfermo de los militares no sólo a las acciones terroristas sino al pensamiento mismo y a todo aquello que no dominaran.

<sup>4</sup> Un proyecto, para poder competir, debía estar escrito en una lengua franca, profesional, que entendieran los académicos de diferentes campos, que iban a

evaluarlos. La teoría proporcionó la ilusión de cierta «cientificidad», de finalmente disponer de esa lengua franca para el intercambio intelectual. Ese fue el momento de su mayor difusión profesional.

<sup>5</sup> En los años 20, el formalismo ruso pensó concretamente en una «ciencia de la literatura» pero esas pretensiones se desdibujaron pronto.

<sup>6</sup> No estoy afirmando que la teoría sea un discurso «popular» pero sí que excede al círculo inicial de especialistas. Precisamente es esa expansión la que la ha vuelto un discurso con nuevas interpelaciones.

<sup>7</sup> Es el planteo del ensayo seminal de Paul de Man en su clásico «Resistencia a la Teoría» (1986) que marcó la reflexión teórica durante por lo menos dos décadas.

<sup>8</sup> Publicado originalmente en *Quarterly* y después en el libro *The World, the Text, and the Critic (El mundo, el texto y el crítico)*. Barcelona: Debate, 2013).

<sup>9</sup> Y leía, al mismo tiempo, los archivos de la nación y el canon de la Argentina.

## Bibliografía

- BELINCHÓN, GREGORIO (2011, 26 de noviembre). «Empate en Gijón». *El País* [en línea]. Consultado el 20 de mayo de 2013 en <[http://cultura.elpais.com/cultura/2011/11/26/actualidad/1322262006\\_850215.html](http://cultura.elpais.com/cultura/2011/11/26/actualidad/1322262006_850215.html)>
- CORREAS, CARLOS (1991). *La Operación Masotta*. Buenos Aires: Catálogos.
- DE MAN, PAUL (1986). *The Resistance to Theory*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- DÍAZ, PABLO (2008). *Un intelectual irreverente*.
- KLUGE, ALEXANDER (2008). «Noticias de la antigüedad ideológica. Marx–Eisenstein–El Capital».
- RANCIÈRE, JACQUES (2010). *El espectador emancipado*. Castellón: Ellago.
- REISBERG, LIZ (2011). «The Enigma of the UBA», en *Inside Higher Education* [en línea]. Consultado el 20 de mayo de 2013 en <[http://www.insidehighered.com/blogs/the\\_world\\_view/the\\_enigma\\_of\\_the\\_uba](http://www.insidehighered.com/blogs/the_world_view/the_enigma_of_the_uba)>
- RUIZ, RAÚL (1977). *La vocation suspendue*.
- SAID, EDWARD W. (1983). *The World, the Text, and the Critic*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press.
- (2000). «Traveling Theory Reconsidered», en *Reflections on Exile and Other Essays*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 435–452.